



BUEN HUMOR



Dib. de BAGARÍA.

Repulsa.

EL LEÓN AL MONO. — Indigno eres de estar entre fieras bien nacidas; eso de imitar al hombre, es degradarse...

Ayuntamiento de Madrid



Concursos de BUEN HUMOR

Buen Humor, que aspira a ser la primera revista satírica de España y cuenta entre su colaboración literaria y artística a los escritores y dibujantes humorísticos más ilustres, no quiere limitar su eficacia a ese brillante grupo de novelistas, cronistas, poetas, caricaturistas y dibujantes, cuyas firmas habrán de avalorar asiduamente nuestras páginas.

Buen Humor desea contribuir a la revelación de nuevos valores hoy inéditos y procurar que el humorismo español, de tan gloriosa tradición, se amplíe y magnifique.

Buen Humor anuncia, por lo tanto, los siguientes concursos:

NOVELAS HUMORÍSTICAS

BASES

A) El concurso queda abierto desde el día de la fecha, y se cerrará el día 31 de enero de 1922, a las seis de la tarde.

B) Los originales tendrán una extensión mínima de setenta y cinco y máxima de cien cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina y por una sola cara.

C) Los originales se firmarán con un seudónimo o lema y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

D) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos en el número de **Buen Humor** inmediato a la fecha de clausura, concederá el premio de

QUINIENTAS PESETAS

a la mejor

NOVELA HUMORÍSTICA

proponiendo a la Dirección de **Buen Humor** aquellas otras que considere recomendables para su publicación.

E) La Dirección de **Buen Humor** se reserva el derecho de adquirir dichas novelas, siendo condición indispensable para ello que revelen por escrito sus nombres y su asentimiento los autores respectivos, con arreglo a la lista de lemas recomendados.

F) La novela humorística premiada y las adquiridas se publicarán en varios números sucesivos de **Buen Humor**, ilustradas por notables caricaturistas.

G) Las obras no premiadas deberán ser recogidas de la Redacción de **Buen Humor** a partir del día siguiente de la publicación del fallo del Jurado en esta Revista y dentro del mes de febrero de 1922. Expirado este plazo, la Empresa no responde de los originales.

H) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su asentimiento y respeto a las anteriores bases.

HISTORIETAS

BASES

A) Las historietas habrán de ser originales, y el artista tendrá absoluta libertad para la elección de asunto y para su desarrollo, pero no se publicarán las groseras o de mal gusto.

B) No se limita el número de viñetas, pero habrá de tenerse en cuenta que cada una de las historietas ha de ser publicada en una sola plana de **Buen Humor**.

C) Los originales vendrán dibujados a la línea o a la mancha, sobre cartulina blanca y firmados con nombre o seudónimo. Se acompañará con cada original un sobre cerrado conteniendo el nombre del autor y su domicilio.

D) Desde la fecha hasta el 31 de enero del año próximo, se admitirán los originales en la Redacción de **Buen Humor**.

E) La Dirección de **Buen Humor** publicará por orden de entrega las historietas recibidas y admitidas, abonando por cada una de las publicadas la cantidad de cincuenta pesetas.

F) Una vez publicadas todas las historietas presentadas dentro del plazo indicado, durante un mes **Buen Humor** publicará un cupón para que todo lector de nuestro semanario vote la historieta que mejor le haya parecido.

G) El autor de la historieta que resulte con mayor número de sufragios percibirá el premio único, consistente en doscientas pesetas.

H) Semanalmente y en la sección de «Correspondencia» daremos cuenta de las historietas admitidas o rechazadas.



ZERO



COLONIA
JABON Y LOCIONES

CARMEN

PERFUMES GUIDOR

PARIS

BARCELONA

*



ELLA.—El conde parece ser muy democrático.

ÉL.—Sí; no le preocupa la categoría de las personas a quienes sablea.

(De LINCOLN, en Life. — Nueva York.)



— ¿Cuándo conociste a tu marido?

— El día que le pedí dinero por primera vez.

(De HIGGINS, en London Opinion. — Londres.)

Crema REINA VICTORIA

Lo mejor para el cutis ~ ~ ~ Pídense en perfumerías

Alesanco

CARRETAS, 6

PRIMERA CASA EN PELETERÍA

RENARDS :: ABRIGOS

ÉCHARPES :: CUELLOS

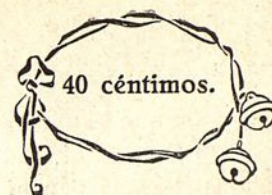
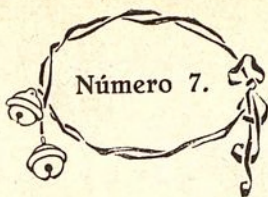
TALLERES PROPIOS

VENTAS POR MAYOR Y AL DETALL

Alesanco

CARRETAS, 6





ALREDEDOR DE LA RULETA

No hay que darle vueltas... Mejor, efectivamente, sería no andar dándole vueltas; pero la manía giratoria es una costumbre universal, y la ruleta, señores, gira en virtud de leyes cósmicas.

La ruleta ha nacido gracias a una transformación de la antigua y conocida Rueda de la Fortuna, que dió origen a la Fortuna de la Rueda con sólo dar la vuelta. Eso está clarísimo; pero, a su vez, la rueda de la Fortuna, ¿de dónde proviene? Pues, sencillamente, de un carro. La rueda de la Fortuna no es otra cosa que la rueda de un carro, pero ¡ah, señores!, sin carro. ¡Esa es la cosa! Y en ese detalle está precisamente toda la importancia del caso. Una rueda de carro con carro simboliza el Trabajo; pero una rueda de carro sin carro simboliza la Fortuna. Y varía mucho la cosa, porque Trabajo y Fortuna son dos cosas diferentes e incluso antagónicas: no habrán ustedes visto nunca que se llegue a la fortuna por el trabajo, sino que, por el contrario, allí donde haya dinero y trabajo veremos siempre

que el dinero se va con unos y el trabajo con otros.

Hay una enorme diferencia entre tirar del carro, que es lo que hace la rueda, y el ir sobre ruedas, que es lo que hace la Fortuna. Hay dos distintas categorías de seres en esto de ir rodando por el mundo: los animales, que son los que arrastran, y los hombres de fortuna, que son los arrastrados.

La rueda comprendió un día su

triste papel de trabajadora constante, y decidió emanciparse. Dejó de ser rueda de carro para ser rueda nada más, ir sola por el mundo y vivir independiente y por su cuenta.

Éste fué su primer paso glorioso. Al emanciparse, dejó de trabajar; se salió de su centro habitual — un cubo, un centro de trabajo —, para buscar otro centro — un círculo, un centro de recreo —.

Y no contenta con dejar de trabajar, fué y se tumbó. ¡Nada de andar sobre las llantas, como las trabajadoras ruedas de los carros! Al contrario, ¡acostarse!, y de dar vueltas, darlas porque sí, no para avanzar, y menos para tirar de nada, sino para bailar, por gusto de dar vueltas. La rueda baila. Llega el momento en que la rueda gira, como el mundo, sin porqué, por ganas de marear, por seguir la costumbre astronómica..., por bailar, por girar, por divertirse..., por jugar.

Desde entonces, ya, para jugar, no hubo más que sentarse alrededor de aquella rueda que tenía ganas de jugar, y ponerse a jugar con ella.

Cuando acudieron suficientes personas que quisieron jugar y se reunieron



Dib. SILENO. — Madrid.

en corro alrededor de la rueda, formaron lo que se llama, en términos geométricos, un círculo.

Los círculos tienen, por definición, que estar cerrados: círculo que no esté cerrado, no es círculo. Por eso, en cuanto un Círculo se abre, tratan las autoridades de cerrarlo para restablecer el orden de las cosas, y dictan, al efecto, una real orden.

Pero esto no suele bastar nunca para arreglar la irregularidad, pues una cosa es *la* orden real y otra *el* orden real. Los Círculos no se cierran así como así con sólo que lo mande la autoridad: los Círculos no se cierran hasta que no tienen suficiente número de puntos para ello; en cambio, cuando los tienen, se cierran ellos solos, auto-

máticamente, sin necesidad de mandato ajeno ni presión autoritaria.

Podemos dar, pues, ya la definición de Círculo: reunión de puntos que quieren jugar.

Esta definición podrá parecer sabida y vulgarísima; pero, sin embargo, muchos la desconocen o la olvidan.

Hay desdichados que, tal vez mareados por la rueda, pierden la cabeza y se figuran que se puede formar parte de un Círculo, no para jugar, sino para ganar; y esta equivocación se paga cara, porque va contra la esencia misma del juego, contra la naturaleza misma de esa rueda juguetona que llamamos ruleta.

Bien claro se dice a todas horas: «¡Hagan juego, señores!» «Juego», ¿se enteran bien? Nunca habrá oído

nadie que digan los *croupiers*: «¡Hagan negocio!»

Cada cosa tiene su misión, y el que confunde las cosas, lo paga.

Y no va más, señores.

MANUEL ABRIL.

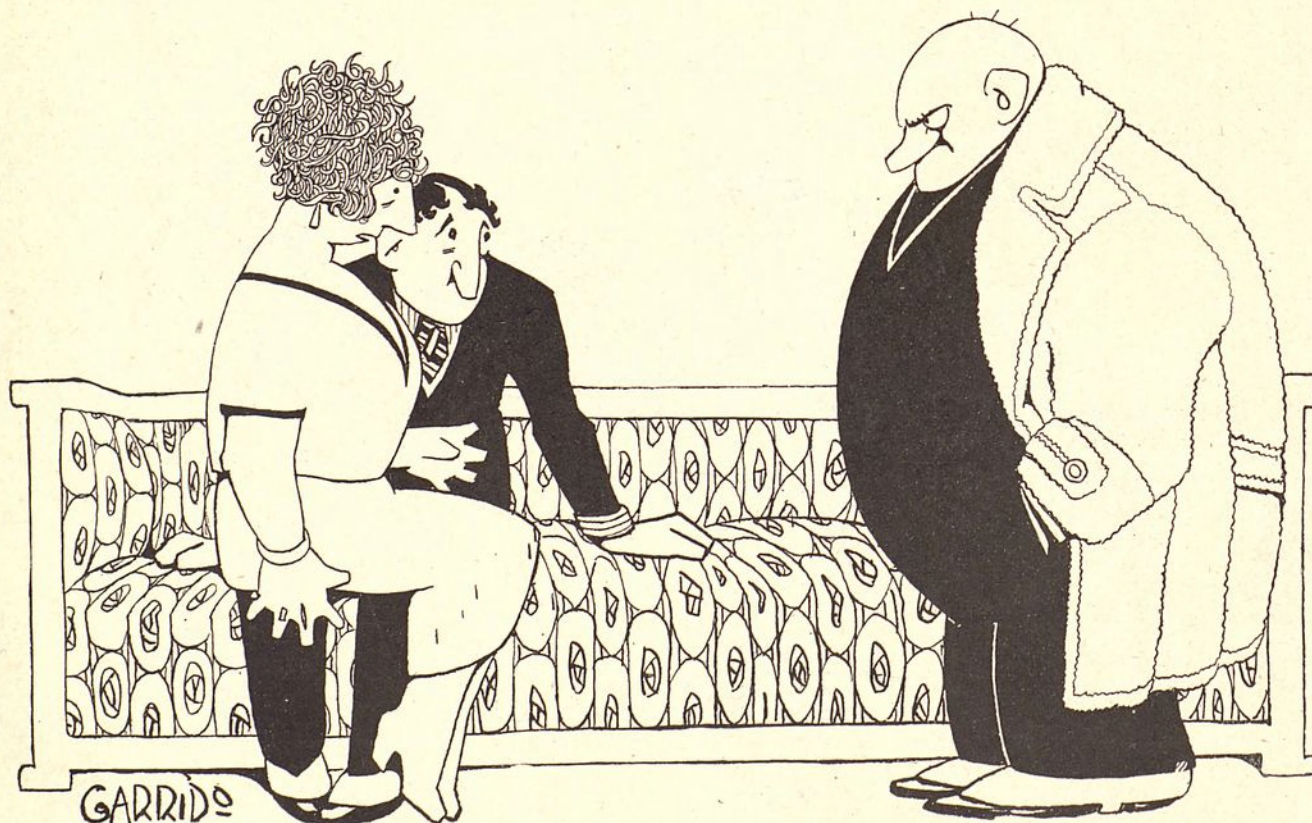


Hay unas mujercitas en las casas de juego que piden dinero con una dulce sonrisa. La gente les ha llamado «ganchos». Está bien eso de «ganchos». Sirven como los de las carnicerías cuando empieza la matanza del cerdo.



En la calle.

Gritos de dolor, gente que se aglomera, mujeres que lloran. Una



— ¿Y para esto me haces que te compre un sofá tan largo?

Dib. GARRIDO. — Madrid.

voz potente que sale de entre el grupo:

— Circulen, circulen, señores. No pasa nada. ¿No han visto ustedes nunca un camión que aplaste a un muchacho?

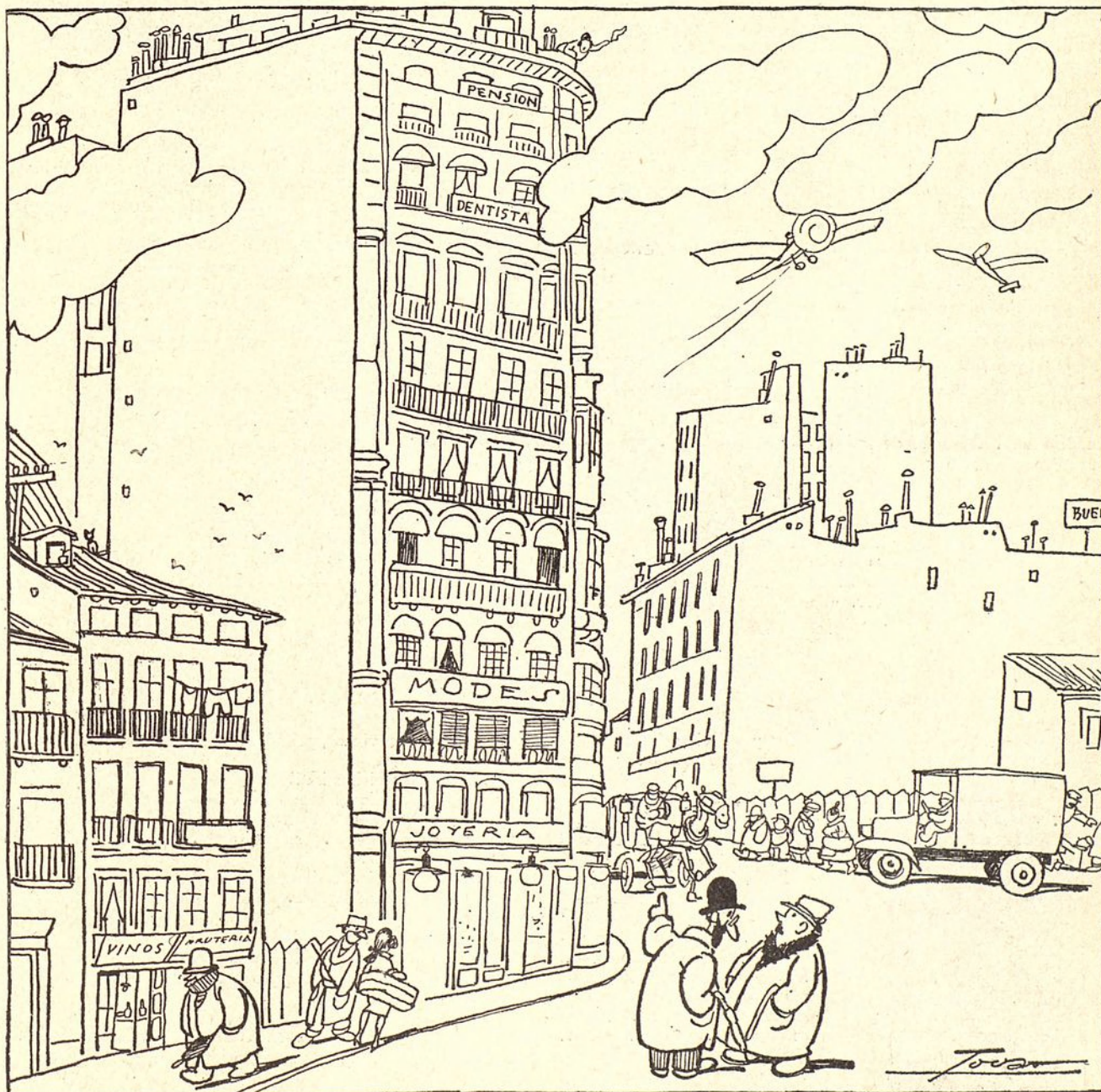
Si vais por la calle de Alcalá, no os volváis a mirar una mujer boni-

ta. Ella no os lo agradecerá. Y además, estáis expuestos a dar con la cabeza en una de las vallas del Metro.

Yo creo que la mendicidad no existe en Madrid. Hay quien no sabe qué hacer, y se divierte pidiendo una limosna por el amor de

Dios. Pero de eso a tomarlo en serio...

El poeta X ha publicado un libro de versos que tiene muchas páginas en blanco. Deseamos al nuevo poeta que sus obras futuras vayan depurándose más y llegue a no necesitar impresor. — CRITICÓN.



HAY ASCENSOR

Dib. TOVAR. — Madrid.

- En fin, le dejo a usted, que me están esperando en casa, y aun tardo media hora en llegar.
- Pero ¿dónde vive usted?
- ¡En el piso azotea de esta casa!

CASAS

LA CASA DE LAS MEDIAS



A casa de las medias no sólo es la casa de las medias, sino también de los calcetines. En sus balcones cuelgan como largos zurriagos negros, como esos que penden de las ramas de las acacias, maduras y pochadas, esas vainas oscuras, con profusión de cosa de fábrica, de atributo de almacén por lo menos.

Una cosa que debía dar mucha vergüenza a los propietarios, como es colgar las piltrafas de las medias a pública subasta, la realizan los de todos los pisos, envalentonados unos con el ejemplo de los otros.

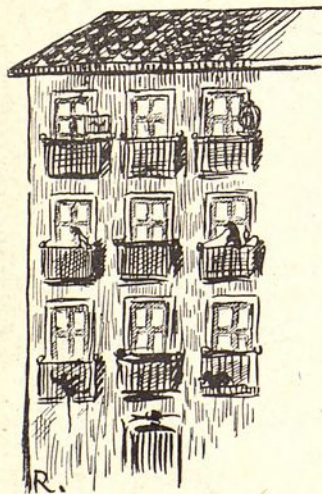
A veces un policía ha subido a la casa de los calcetines y las medias a notificar a los inquilinos que está prohibido tender la ropa blanca al balcón; pero las rabiscas dueñas de la casa se le volverán y le dirán en sus barbas que los calcetines y las medias no son ropa blanca, sino ropa negra, profunda ropa negra de profunda negrura. Las medias colgadas de esas dos especies de orejas que les salen al ser prendidas a las cuerdas, son las que definen las piernas más bonitas, que es increíble creer que se puedan albergar en esos feos pingos del demonio.

La casa de las medias y los calcetines tendidos — en hostil contraste los negros pingajos con el fondo claro y nacarado de los cristales — es algo así como la tenería de los grajos, de las pieles de grajo puestas a secar... ¿Quizás una tenería de pieles de gato?...

Las cabezas de serpiente negra que parecen las medias y los calcetines, como graciosas notas de un pentagrama grotesco, colgadas de las cuerdas de los balcones, dan gran notoriedad a la casa.

¡Qué de pies humanos, cuántas patas retorcidas hay en esa casa!...

Todos los vecinos que se esconden dentro detrás de sus medias y calcetines, parece que están descalzos y en chancletas, y que sólo han dejado que se ventilen sus medias y sus calcetines.



LA CASA DE LOS SANDIOS

En la fuerza del día del verano, cuando todas las cabezas laten de calor, pasa la mujer que vende sandías, voceando la rica grana fresca, fresca aunque el sol caiga de plano sobre su calamochar de sandías y quiera recalentarlas como recalienta las nuestras.

De muchas casas sale una criada en pos de la sandiera — no es melonera, sino «sandiera» —, con un duro en plata para comprar a cualquier precio una sandía a cala o sin calar. Si es buena, hará una sangría, y si es mala y empe-

pinadamente empecatada, un gazpacho.

Rara es la casa de la que no sale alguien buscando a la «sandiera»; pero la casa original, que adquiere fisonomía propia por su unanimidad en pedir sandías, abriéndose con hilaridad de carcajadas todos los balcones al mismo tiempo, es esa casa blanca, con balcones por un lado y corredores al costado, casa con azotea, y muy blanca y muy nueva, que se destaca solitaria en las afueras, en el sitio en que los chopos arden y brillan con sus hojas fosforescentes.

Esta casa que hay junto al canalillo, y en que las mujeres desgarradas y los hombres con camiseta de oruga se atracan de sandía, la conozco ya y la conocen ya mis amigos, a quienes se la señalo como la casa de los «sandios».

Las chicas jóvenes de esa casa tan voraz para las sandías, tienen los labios más rojos de la ciudad, y todo lo que es rojo en su cuerpo tiene la satinación más roja y fresca de todas las mujeres.

LA CASA DE LOS BICHOS

No es la casa de los pájaros, no confundirla. Esta es la casa de los bichos, porque bicho es desde ese mirlo a ese mono que se cuelga por fuera del balcón como un diablo que se fuese a suicidar.

Los bichos animan, con gestos de niños que acabarán por caerse del balcón, todos los balcones de la casa.

Se les ve moverse más que cantar o gritar.

El loro obispo de la casa de los bichos, siempre en su púlpito, lanza

los gritos más nerviosos, gritos de niño loco que ha tenido alguna vez la meningitis.

La casa de los bichos ha llegado a ser la casa de los bichos, porque vive en ella el casero, que es el primer aficionado a bichos de la casa y da el ejemplo a todos los vecinos. Nos hace gestos al pasar esa casa, y se nos queda con una fisonomía eminentemente gestera.

La casa de los bichos siempre tiene una gran expectación enfrente, como si fuese la casa que arde o la casa en que hay cinematógrafo.

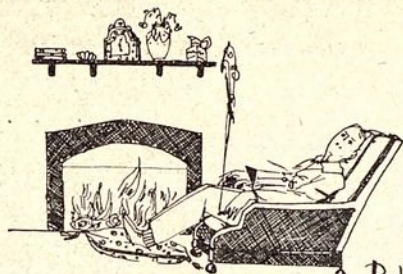
— No pases por la calle de la casa de los bichos — les recomiendan los sastres a los oficialillos que van a entregar, y cuando al continental le coge de paso la casa de los bichos, no llega nunca a entregar su carta.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

(Ilustraciones del escritor.)



CONCURSO DE HISTORIETAS. — II



Una Barrabasada

Camelo-Drama Inverosímil por
f. Bradley

Polito Barrabás y Carconte, exprimía su elegante imagin con el inocente objeto de encontrar la manera de epatár a sus distinguidas amistades.

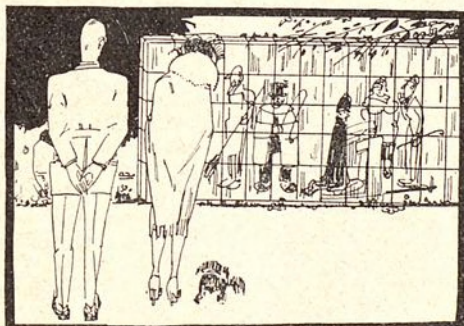


Con la caída de la hoja, coincidió la aparición de Polito en la Castellana, con su chaleco de Bayona Freddys un cuello AMERICAN y unos pijes Wood-Milne, Grand Guerre.
Saladísimo!!



Cuando lo de Annual, Polito fue admirado en Marim's luciendo el heroico uniforme terciario.

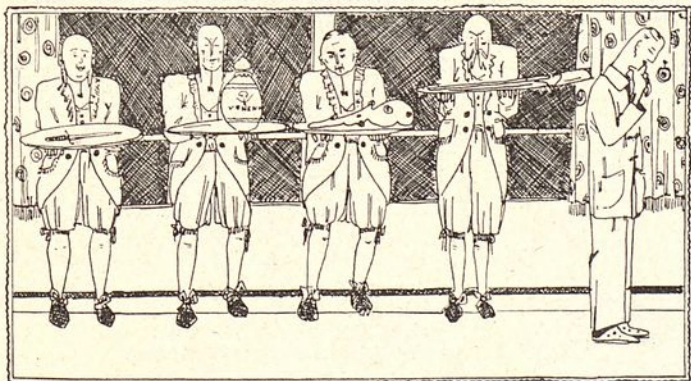
¡¡Estuvo bestial!!.



Posteriormente organizó una menagerie en el parterre de su garconerie en la cual se admiraba a animales feroces.

¡¡Chico, la caraba!!

Agotados todos los medios de llamar la atención, pensó en la popularidad del suicidio, pero



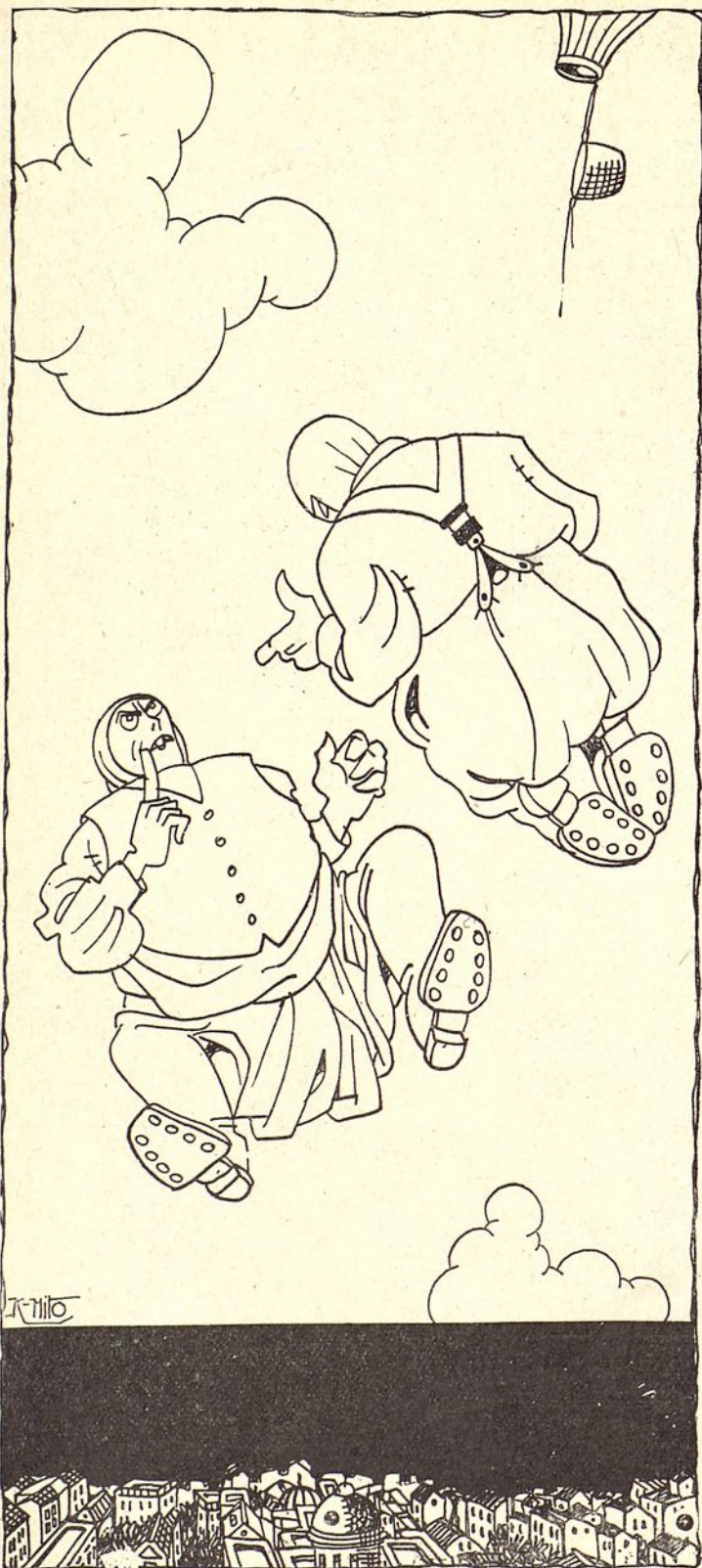
...cual sería el medio mas crème de los por el conocidos? El estilete florentino. la star el veneno... habia peligro de morir... y ego era tan vulgar..!!



Diciadamente se casaría. Se casaría con una chica bien.

Al día siguiente Gil de Escalante daba la sensacional noticia y...
Que brutal!!

Dib. F. BRADLEY. — Madrid.



Dib. K-HITO. — Madrid.

— ¡Sí, hombre! ¿No recuerdas? ¡Rodríguez!... Aquel muchacho bajito él, gordito él...
— ¡Ya caigo, ya caigo!

LA BARAJA DEL AMOR

(EPISTOLARIO CÓMICOAMOROSO)

IV



SEÑORITA: Esta carta que nervioso escribo será la última que reciba usted. Después de lo de anoche, yo no puedo pensar ni un minuto más en usted.

Lo que ha hecho usted conmigo no tiene nombre. Pase que se equivocara usted al decirme que iba a la Princesa en vez de decirme que tenía usted un palco en Apolo. Pase que tuviera usted que conversar con ese estúpido de pariente que ha llegado del pueblo. Pase que fuera usted en el coche sentada al lado del palurdo.

Pero lo que no tiene disculpa, lo que yo no puedo pasar (porque son muchos pases para un novio tan joven, vamos, para un *novillo*), es que no se fijara usted en la representación; es que durante dos actos — ¡porque era sección doble! — hablara usted, cu-chicheara usted, con ese zafio pueblerino, que no se quita el sombrero ni para que le corten el pelo.

Así es, señorita, que dé usted por terminadas nuestras relaciones.

Mis cartas puede usted dárselas al joven *isidro* que ahora le acompaña, para que aprenda ortografía, y mi retrato puede usted romperlo o echarlo al cocido, porque la grasa que tenía dará mucha substancia. ¡Adiós, ingrata!

....

P. D. — No le diga usted a su papá que hemos tarifado, porque se disgustará muchísimo. Y le sorbrará la razón para disgustarse; porque ¿quién le surtirá de pitillos en lo sucesivo? ¿Quién le llenará de gasolina el mechero que le regalé el día de su santo? ¿Quién pagará en el cine? ¿Quién, Dios mío, quién? — Vale.

V

Encantutín: Son las doce de la mañana; te he mandado tres cartas con ésta, y no he recibido contestación nada más que a dos.

Estoy enfadadísima. Además, mi hermana se ha comido los bombones que me compraste anoche en el cine, y hemos tenido que llamar al médico, porque se ha puesto a morir; y por si todo esto fuera poco, papá me ha dicho que el cine no es lugar adecuado para que vayan los novios días antes de casarse, y que si quieres llevarnos al teatro, que nos traigas un palco para Apolo.

Te lo aviso con objeto de que busques una disculpa, porque a mí me divierte más el cine que el teatro, pues es más instructivo y podemos hablar-nos con las manos cogidas.

¡Ah! Tengo que advertirte que no me pises tan fuerte, porque anoche me rompiste la hebilla del zapato.

Después de comer te escribiré otra carta, y te ruego que no dejes de contestarme, no vaya a ocurrir lo que ayer, que no me escribiste más que tres cartas.

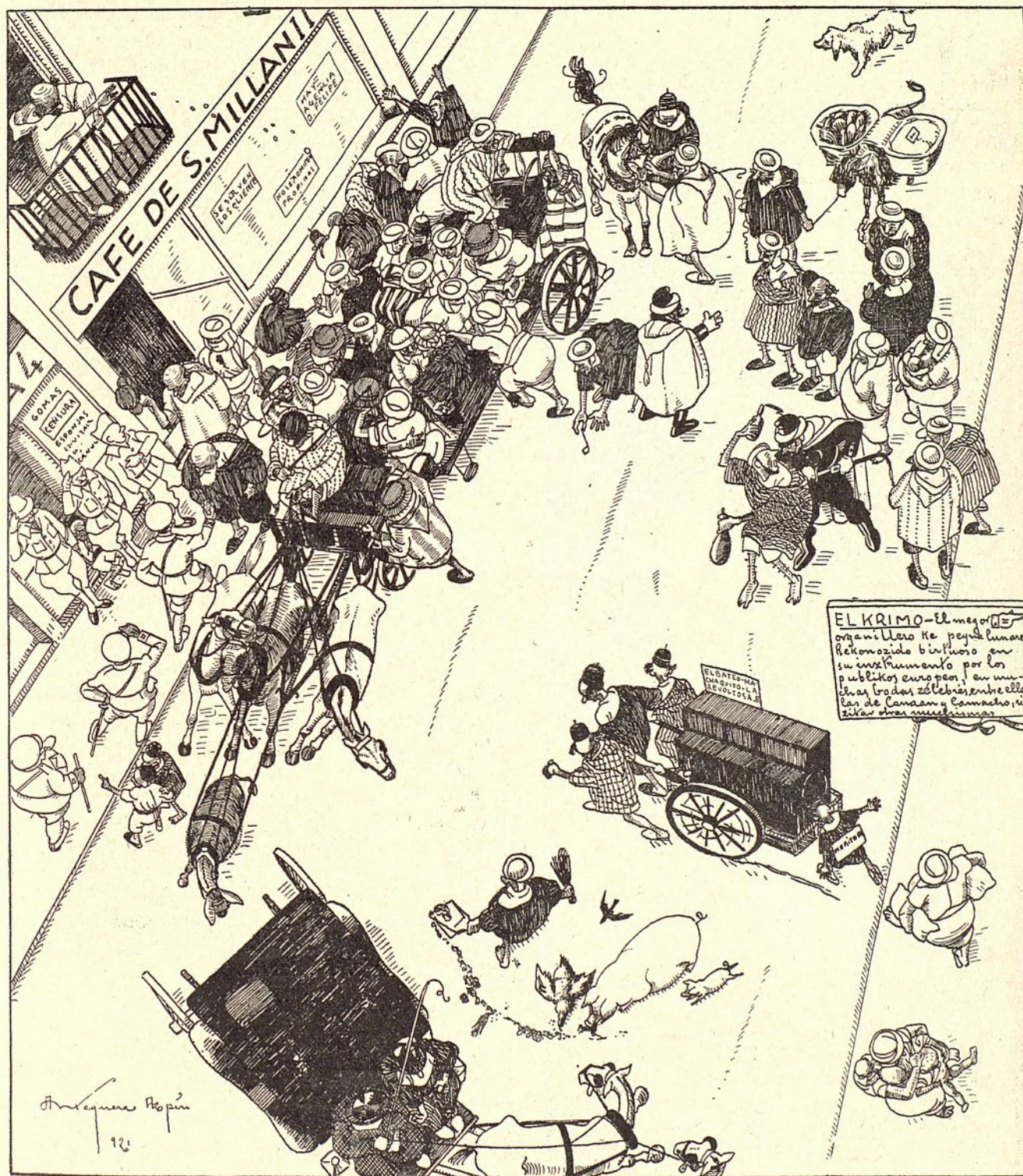
¡Ah! Que llenes las cuatro carillas y que escribas cruzado. ¡Adiós, Encantutín! Se perece por ti tu

ENCANTUTINA.

Por la goma y las tijeras, que no saben firmar,

TORRES DEL ÁLAMO-ASENJO

APUNTES DE UN HOMBRE PÁJARO



UNA BODA EN M'TALZA

Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

TEATRO REALISTA

NOSOTROS estábamos espantados: teatro realista, mujeres de mal vivir, hampones, la cárcel, la leyenda de Vidal y Planas... ¡Qué horror! Imaginábamos un auditorio de guardias civiles y de carabineros retirados, unas escenas crudas, algo así como esos libros sica-lípticos a los que han declarado la guerra Millán de Priego y el gobernador de Málaga. Fuimos al estreno



Doña Julia Fons (antes Julita), que ha debutado en Romea.

dispuestos a no hacer el ridículo y a evitar por todos los medios que el arrebol clásico se enseñorease de nuestras mejillas. Reflexionábamos:

— Mira, José, no te pongas en evidencia. Acuérdate de aquel día en la Bombilla y en aquel reservado con tu amigo Manolo y con aquellas dos hermosuras, Maruja y la Bertini... Por mucho que veas esta noche, no será ni parecido a aquellas escenas... ¿eh?

El que suscribe procuraba darse confianza...; pero... hay que ver cómo sugestióna un anuncio serio con la advertencia de que a uno le van a servir platos fuertes.

Y comenzó la representación de *Santa Isabel de Ceres* cuando los corazones de todos nosotros aceleraban su ritmo.

Pasó un acto, dos, tres, los cinco. ¿Qué ocurría? ¿Se había sometido la obra a una previa censura eclesiástica? Aquello no era ni realista, ni crudo, ni nada que se le pareciese: allí no había nada pecaminoso, y, al contrario, todo era de un lirismo exaltado, muy exaltado, hasta no tener relación con nada de la vida.

Vidal y Planas comenzaba como terminara Zola, según Emilio Faguet. Zola empezó con buenos libros y malas acciones, y acabó con buenas acciones y malos libros... Éste era el caso justo y lamentable.

¿Dónde el realismo ni la crudeza? ¿Sería en el instante en que Abel de la Cruz afirmaba con orgullo que tenía la cabeza bien cubierta de parásitos?

Nosotros llegamos a sospechar que la intención del autor al advertir los peligros que encerraba su comedia, eran otros muy distintos a la realidad de su *realidad*. Porque otros conceptos pecaminosos no encontramos en la tragedia popular. Como no fueran los de la invocación a Jesús en el acto del Juzgado de guardia, cuando, entre frases de un efusivo misticismo, llega a decir de Jesús de Galilea que es «un alfiler de corbata hecho con piedras preciosas». Pero ahí — lo juramos — hablaba en serio y con buenas intenciones.

Fué un símil poco afortunado, una imagen que no le salió bien. Algo así como un elogio de joyería barata: bisutería, todo lo más...

¿Y LA GÁMEZ?

La Gámez no va a la Princesa; la Gámez no va al Español; la Gámez no va Cervantes; la Gámez no va al Cómico. Señores, ¿a qué teatro irá la Gámez?

Nosotros, con todo respeto, les diremos que, por ahora, la Gámez no va a ninguna parte. Y si sigue con Manuel París de primer actor, entonces creemos que no irá a ninguna parte ni ahora ni nunca.



Alfonso Vidal y Planas.

Este hombre no puede hacer comedias en serio. Así como hay cómicos que, hagan lo que quieran y lo que les manden, parecen patanes en escena, hay otros que, por mucho que lo disimulen, parecen camareros en ejercicio. Y nuestro hombre es de éstos: vestido de frac, con una rodilla al hombro y convirtiéndose en un arco el espinazo, es de la única manera que nosotros le concebimos.

¿Y ustedes imaginan lo que ocurrirá si un día aplauden a la Gámez cuando él se encuentre en escena?

Se inquietará mucho, se creará en un café, donde todos los parroquianos tengan mucha prisa y le llamen a un tiempo todos. Se adelantará a la batería... y, con voz entrecortada, gritará:

—¡Va, caballeros! ¡En seguida voy a servirles!

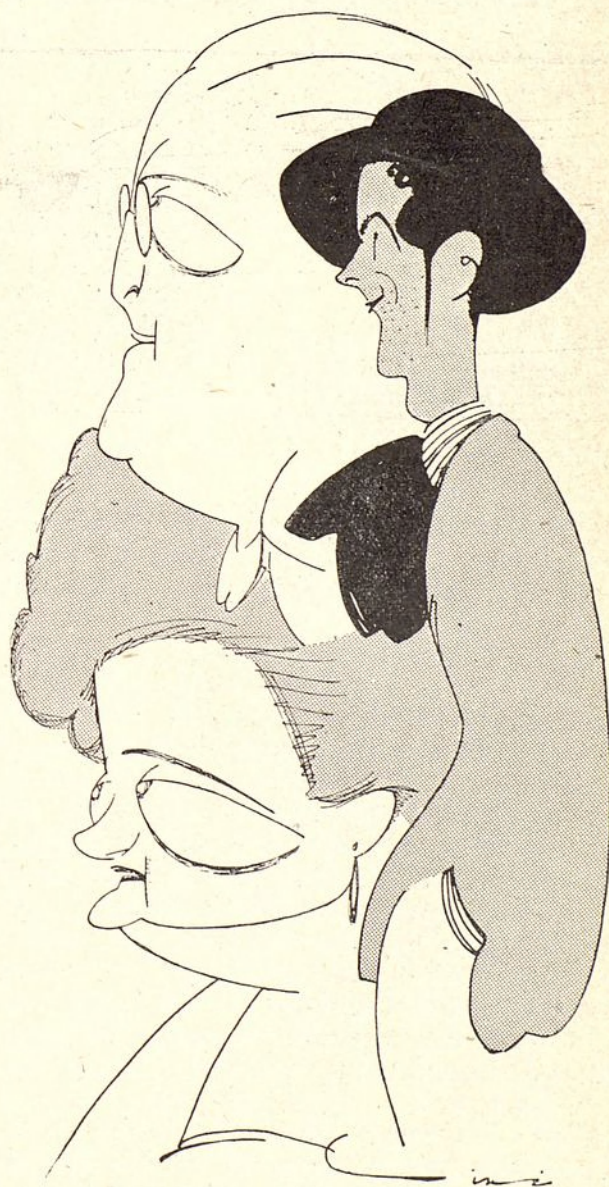
UN SUCESO ACLARADO

Nos habían dicho una cosa alarmante, que por su gravedad no llegábamos a creer. Según nuestros informes, Arturo Serrano, el simpático empresario del Infanta Isabel, y D. José López Pinillos, el notable dramaturgo autor de *El caudal de los hijos*, habían reñido de un modo violento. Debía ser algo sensacional, sin duda. Nuestro informador aseguraba haber oído de *Parmeno* lo siguiente en un diálogo:

— Sí; nos hemos peleado Arturo Serrano y yo.
— Pero ¿cómo? ¿Ha sido posible?
— ¡Y tan posible! Hemos regañado. Y como yo soy un poco violento, en la refriega le he quitado la nariz...

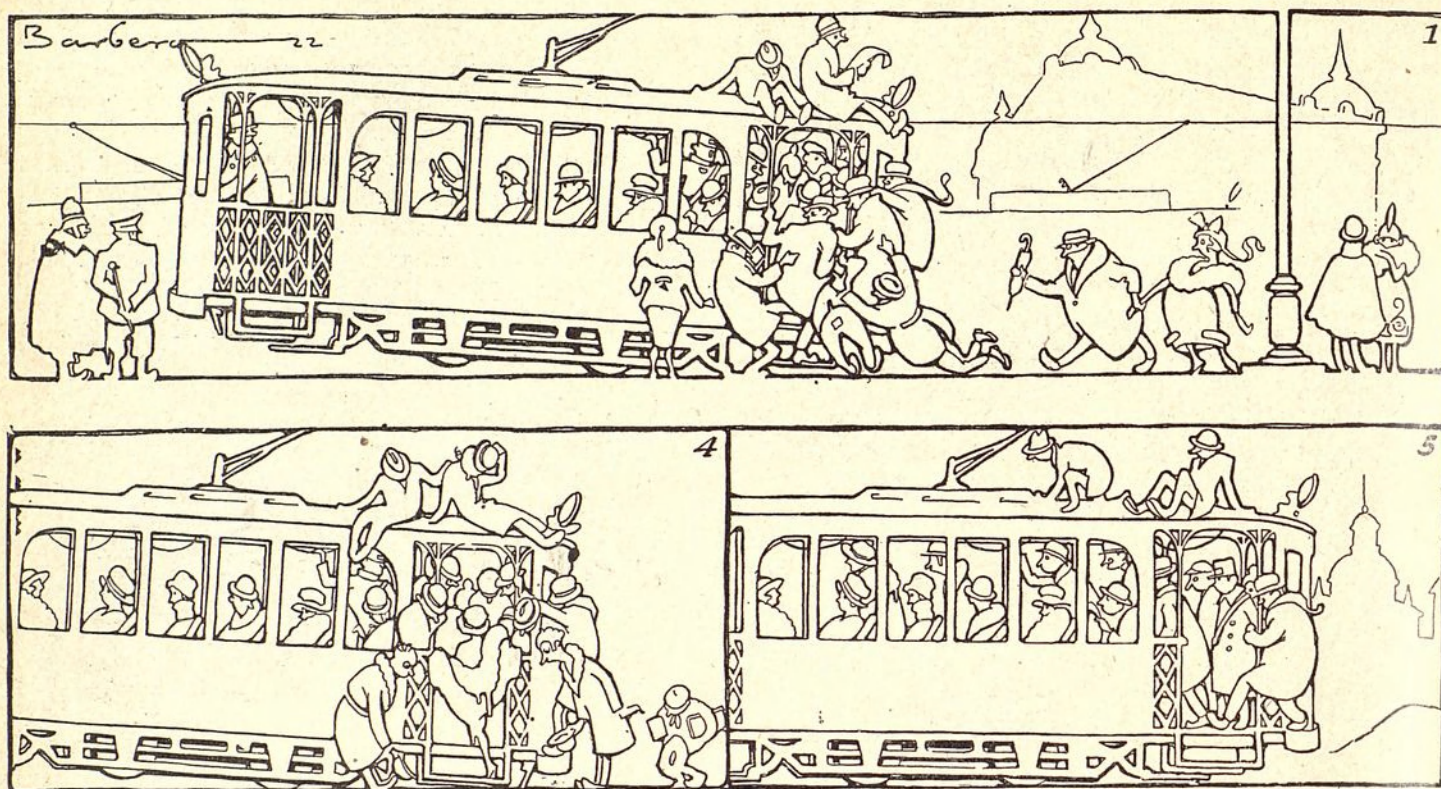
Consternados, pero prudentes, tratamos de averiguar lo ocurrido, y..., en efecto: Pinillos le ha quitado a Serrano *La nariz*. Ahora que *La nariz* es una comedia en tres actos, que, por más señas, estrenarán la Alba y Bonafé en el teatro del Centro.

JOSÉ L. MAYRAL.



Señora Satorres y Sres. Baena y Collado, en Santa Isabel de Ceres.

(Caricaturas de Sirio.)



GALANTERÍA TRANVIARIA, O «HAGAN EL FAVOR DE PASAR A LA

COSITAS DEL REAL



ECTOR amigo: debutó Hipólito Lázaro, y, como te prometí, voy a darte cuenta de lo que pasó la noche del *début*.

Lo primero que pasó fué que el teatro se llenó hasta los topes; la butaca no costaba nada más que seis duros, y en proporción el resto de las localidades: de modo que el señor que aquella noche fué al teatro Real con su mujer y su hija, o con sus dos hijas, ó... con sus dos mujeres — yo sé de un caso —, si fué a butaca, se gastó diez y ocho durazos. Más cinco de coche, más dos de bombones, más..., total, ciento cincuenta pesetas.

A pesar de ello, el teatro estuvo lleno: brindo el dato a los que, al hablar de crisis teatral, invocan la fábula del dinero.

La crisis, más que de taquilla, ¿no será de escenario? El teatro en Espa-

ña parece vicuña de la ñoñez y de la pedantería. Y perdone el amigo Mayral que me meta en su viña.

Lázaro es un grande, un estupendo tenor: voz de hombre, agudos de oro, graves llenos y sonoros como los tubos de un órgano, fraseo claro, seguridad absoluta. ¿Hay quien pide más? ¡Ya lo creo! Luego hablaremos de eso.

El «Celeste Aida» lo cantó muy bien: sin chillar demasiado, pero muy bien; las escenas del templo las dijo un poco apagado, sin duda por respeto al santo lugar en que se encontraba.

Y llegó el segundo cuadro del segundo acto, aquel concertante prodigioso que puede recordarse a modo de tirón de serreta a todos los pedantes que hablan mal de la música italiana.

Lo que hizo Lázaro en el concertante alcanza ya los límites de lo increíble: aquella nota única es el éxito, es el

rugido de Titta Rufo, el mordente de Anselmi, la verónica de Belmonte. A mí, mientras la oía, con su sabor a lingote de oro, me parecía escuchar el tintineo de las monedas en las taquillas del Real, cayendo como lluvia prodigiosa.

El tercer acto lo cantó muy bien, lo dijo mejor y lo hizo mejor aún; y en el último apareció el tenor lírico, y nos convenció de que a Hipólito Lázaro...

¡Bueno! Nos convenció de que al soldadito del barranco del Lobo no le hemos oído todavía en el teatro Real. *Del todo* no le oiremos mientras no cante otra cosa que *Aida*. Ahora que, el día que cante esa otra cosa, reaparecerán en los despachos las colas de los tiempos de Titta Rufo y habrá que pedir las localidades con lágrimas en los ojos. El precio será lo de menos. ¿Seis duros? ¡Como si quiere usted poner doce!





PARA PASAR A LA PLATAFORMA ANTERIOR, U OBEDIENCIA ES CORTESÍA

Dib. BARBERO. — Madrid.

Y ahora hablemos del público.

En noches como la del ya famoso 3 de enero, la mitad de la gente que ocupa los palcos y las butacas del teatro Real no sabe una palabra ni entiende una jota de lo que oye. Me lo dice una experiencia de cerca de veinte años.

Esas buenas gentes van allí como pudieran ir a cualquier otra reunión mundana: suponen que el teatro va a estar muy bien, y acuden a él como a una tarde de carreras, a un té elegante o a un paseo de moda.

Hay que agradecerlas que vayan, porque suelen ser personas simpáticas y contribuyen — como los tapices y las flores — al adorno de la sala. Pero lo triste del caso es que, en los entre-actos, se creen con derecho a opinar. Y sus opiniones no son juicios, son eructos.

Ellos han pagado su localidad, y creen que en el precio entra la patente de crítico.

Y no hay tal cosa: para entender en algo hay que ser aficionado a ese algo; es el cultivo lo que da la pericia..., no son los seis duros.

El suponer de buen tono la crítica descontentadiza es ya una suposición un poco de capital de provincia. Conviene que muchos de estos señores digestivos y pollitos suaves se enteren de que el tenor perfecto no ha existido nunca: ni ahora, ni en los tiempos heroicos. Nadie es perfecto en el mundo, fuera de La Cierva o de D. José María Salaverría.

Stagno tenía una voz de cacharrete indecente; Massini flojeaba en los agudos; a Marconi — esto ya lo he oído yo — le largaban unas pitas formidables cada vez que lucía su espléndida colección de gallos, que en una exposición de avicultura se hubiera llevado la medalla de honor.

Todos ellos fueron grandes cantantes a pesar de sus defectos; es lo interesante en el mundo: tener grandeza

suficiente para borrar las propias pequeñeces.

Hipólito Lázaro es un gran tenor, a pesar de que corta las notas al cantar y marca a veces una levisima tendencia a la desafinación.

En vista de eso, yo me permito proponer a esa parte de público elegante que asiste a estas cosas como a un *té dansant*, que durante los actos abandone sus localidades y se refugie en el *foyer*; luego, al bajar el telón, puede volver a la sala a lucirse.

¿Por qué no? A ellos les tiene sin cuidado la ópera y el cantante: no los oigan, y así se evitan luego el ponerse en ridículo opinando.

Además, el dueño del bar instalado en el *foyer* — en el mismo sitio que ocupó el busto de Gayerre! — se lo agradecería mucho; porque es de suponer que algún copazo caería de cuando en cuando

JOAQUÍN BELDA.

CHISMES DE BASTIDORES

— Anoche estrenó Fernández en Martín una opereta.

— ¿Con suerte?

— ¿Con suerte, dices?

Con una suerte estupenda.

Allí, en su casa, le tienes

¡sin un rasguño siquiera!!

— En el cine de la Flor ha estrenado Nicanor

El agua de Carabaña.

— Y qué, ¿ha salido el autor?

— Sí; para el penal de Ocaña.

— Debe de ser muy bonita la comedia de Gutiérrez.

La ponen todas las noches.

— Sí; pero la ponen... verde.

Pasa igual que con las muelas con las obras de un cartel: cuando empiezan a moverse, es que se van a caer.

No te las echas de genio para ser autor teatral,

pues no le importa a la empresa que seas así o asá.

No es el talento que tienes,

sino el dinero que das.

— Hombre, ¿cómo no me diste butaca para tu estreno?

— Por evitarte un mal rato.

— Si dicen que fué un gran éxito, que saliste muchas veces...

— Precisamente por eso.

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO.



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

VIUDA INCONSOLABLE

— ¡Caballero, por Dios, respete usted mi pena!



LA TRAGEDIA DEL CASINO

Dib. MARÍN. — Madrid.

ÉL. — Ha sido una cosa macabra: al darle el cuarto pase en contra, quedó muerto... ¡Pobre Polito!... ¡Qué muerte más rara!...

ELLA. — No, hijo; tratándose de Polito, es la más natural: estaba predestinado a morir después de unos cuantos pases.

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

CHAS-LABORDE

En la cada vez más sólida y numerosa agrupación de los nuevos valores humorísticos de Francia, Chas-Laborde conserva su destacada y relevante primacía. Se ha dicho que Chas-Laborde es una revelación de la postguerra, que surge en una rápida simultaneidad de comienzo y de victoria.

No del todo exacto. Es que sus dibujos se extienden ahora a más amplias divulgaciones periodísticas y exhibicionistas después de la guerra. Tiene fácil acceso a los semanarios, las casas de marchantes y los editores de álbumes satíricos. Y otra razón para ser mayor su notoriedad actual. Coincide esa notoriedad con la evolución factual del dibujante. Su línea se simplifica, su vi-

sión es más sintética y las figuras se acusan de un modo claro y expresivo, donde ya no hay obstinaciones de trazo como en los dibujos pretéritos.

Pero Chas-Laborde empezó a colaborar en *Le Rire* hace trece o catorce años. Pasaba un poco inadvertido, aunque ya poseía el derecho de las planas en tricolor, como esta del *Whisky sentimental*, que hemos querido unir a las recientes del joven maestro.

Durante la guerra, Chas-Laborde se bate en el frente. Francia no eliminaba del sacrificio bélico a los escritores, a los artistas, a los hombres de ciencia. Pudo formarse un batallón de dibujantes humorísticos con los que alternaban el fusil y el lápiz. De ellos, Delaw, Hemard, Depaquit, Falké, Oberlé, Pavis, Marcel Arnac, Galtier Boissière, Des Losques (muerto en agosto de 1915), etc., etc.

Chas-Laborde publicaba en *Le Rire Rouge* dibujos trazados entre combates. Incluso era más benévolo, menos agre-

sivo que contra los enemigos de dentro de la patria (los burgueses estólidos, los negociantes rapaces, los políticos impúdicos). Recuerdo, por ejemplo, una caricatura que reproducía el instante de saltar los franceses desde su trinchera sobre la trinchera alemana. Los alemanes levantaban las manos sin armas y reían. El epígrafe era el siguiente: *Aux obus lacrymogènes nous avons riposté par des obus hilarogènes. Les Allemands n'ont opposé aucune résistance; tout le monde sait que le rire désarme.*

Reintegrado a París y a su arte, Chas-Laborde concreta la personalidad, define la tendencia. Sus dibujos adquieren rápidos la línea moderna y elocuente. Se comprende que hay un pintor bien capacitado detrás de las escenas satíricas. Ve el color, valora y relaciona los tonos, y, si bien agudiza en el sentido



EL WHISKY SENTIMENTAL

— ¡Ay, Bobby, no era así como yo había soñado darte mi brazo algún día!



MELANCOLÍA

ELLA. — ¿En qué piensas, Joselito? ¿Te acuerdas de tu linda pareja de anoche?

ÉL. — De ella, no. De sus perlas.



RUPTURA

LA JOVEN. — ¡Tú no sabes lo que me cuesta dejarle!
LA VIEJA. — Más te costaría seguir con él.



PARÍS BABEL

— ¡Si usted supiese, señorita, la alegría que me causa oírle hablar francés!...

caricatural los rasgos fisonómicos y los ambientes complementarios, no sale jamás de la realidad palpitante, de un expresionismo mordente, que es su cualidad más profunda.

La línea de Chas-Laborde es lo que define mejor su filiación ultramoderna. Veremos después que trata temas tradicionales en el humorismo francés; pero si el espíritu y la ideología están ligados a ejemplos pretéritos, la exterioridad formal señala que no en balde ha pasado más de un cuarto de siglo desde el bullicio romántico y regocijado del *Chat Noir*.

No ya los recién reaccionarios del *Salón de Otoño*, sino la falange — un poco desvirtuada también — de *Los Independientes* puede admitir entre los pintores de la estética predadaísta al Chas-Laborde de los dibujos expuestos en Casa Devambez dentro de la agrupación La Araña; al Chas-Laborde de los álbumes prostibularios, como *Ces dames s'expliquent*, y — ¿por qué no? — al Chas-Laborde de *Le Rire* de hoy, un poco envejecido y ñoño, donde nos da pena ver a Willette, el generoso Pierrot de antaño, hacer piruetas anacrónicas.



Chas-Laborde es un azotador implacable de la burguesía, en segundo lugar. En primer lugar es el heredero de Constantin Guys y de Toulouse Lautrec.

Como el maestro del segundo Impe-

rio, como el maestro de fin de siglo XIX, Chas-Laborde siente una malsana predilección por el mundo acre de las rameras y sus hombres.

André Warnod — que además de hacer dibujos montmartreses escribe novelas (*Lily modèle*, *Miquette et ses deux compagnons*...) — ha dicho en *Art et Decoration* lo siguiente:

«Chas-Laborde es un pintor de costumbres, de visión singularmente afilada. Sabe bucear con un rasgo fino y preciso hasta el fondo del alma de los personajes a quienes toma por modelo. No les transforma en buenas personas. Les muestra tal como son, y además con sus más secretos pensamientos escritos sobre su rostro. El mundo de las golfas y de los chulos, el de los cafés y de la calle, encuentran en él un pintor agudo, que llega incluso a prolongar sin falsificarle el arte de Toulouse Lautrec.»

Una escena de ese *petit monde* gangrenado, de *filles* y *souteneurs*, citemos de entre tantas certeras de Chas-Laborde. El hijo de una prostituta a quien le preguntan lo que quisiera ser, cuando tenga edad de ser algo, contesta: *¡Lo que papá!*

¡Ese oficio, que no se puede hacer constar en el padrón municipal, pero que resulta cómodo y productivo para muchos individuos de chaqueta y gorra, o de frac y sombrero de copa!

¿No recordáis frente a esa escena otra

de un dibujo remoto de Steinlen — ¡oh la generación brava y admirable de los Steinlen, los Forain, los Herman Paul! —, donde la hija de una ramera había tomado la primera comunión, y en la comida con que festejaban las compañeras y compañeros de envilecimiento el hecho, cantaba un cuplé canalla sin quitarse el velo y la corona blancos?

Envidiable ilustrador haría Chas-Laborde de obras que deben considerarse ya como clásicas en la literatura de los bajos fondos parisienses: *La Maison Tellier*, de Maupassant; *La Maison Philibert*, de Jean Lorrain; *Bubu de Montparnasse*, de Charles Louis Philippe...

Francis Carco — que no por ser el autor de la cancioncilla apachesca *Mon Homme* deja de ser el autor de muy interesantes novelas y críticas de arte — señala esa complacencia morbosa y flageladora a la vez de Chas-Laborde, en su obra *Los Humoristas*.

«Se dirá, sin duda, que semejante empeño en resaltar con trazos ardientes la forma vergonzosa y delectable del vicio, no está exento de cierta culpable, silenciosa e irónica complacencia. Y ¿por qué no? Aunque así fuera, ¿tendría menos mérito Chas-Laborde? Amemos el vicio. El vicio es moralizador. Sin él, ¿cómo habíamos de sentir el apetito de las más altas virtudes?» (*Los Humoristas*, capítulo VII, pág. 104.)

JOSÉ FRANCÉS.

EL DIABLO HA ESTADO EN MADRID

Valiéndose de un ardid
infernial,
el diablo estuvo en Madrid
el día tres del actual,
y Belial

lo pasó bastante mal.
Venía el rey del fogón
a comprar aquí carbón;
¡qué ilusión!
¡baratito está el carbón
en la española nación!

El eterno
dominador de las furias
del Averno,
ante la huelga de Asturias
dijo: «¡Cuerno!

Me quedé sin combustible.
¡Es horrible!...
¡Qué coraje!...

Y por no perder el viaje,
el diablo se fué con calma,
la noche del día cuatro,
buscando un alma a un teatro;
pero... ¡no había ni un alma!...

Medio loco,
salió ¡haciéndose la cruz!,
y por poco

si se rompe contra un foco
de esos que aquí no dan luz
la cornúpeta testuz.

¡Pobre diablo!

De dolor soltó un vocablo,
y además, ¡oh suerte acerba!,
en este Madrid de Cierva
y de Maura (Don Antonio),
el tal diablo
pasó un frío del demonio.

Algo mosca,
con la cara un poco fosca
y la nariz hartó fría,
quiso tomar un tranvía...

¡No hubo formal!

¡No cabía

ni el diablo en la plataforma!

Además,
vió aterrado Satanás
que un pollito, entre empujones
(y achuchones

de parcheante indecencia),
le hacía la competencia
en cuestión de tentaciones.

¡Qué emociones!

Aburrido,
el demonio salió huido;

compró en la calle la Prensa
que por las calles se vende,
leyó: «Juntas de Defensa»,
y exclamó con pena inmensa:
«Esto ni el diablo lo entiende...»

En seguida

preparó, veloz, la huida.

«Esto no hay quien lo soporte
— dijo el demonio —. ¡Qué vida!

¡Vaya Corte!...

¡Vaya al cuerno!...

¡Mejor se está en el infierno!...

Y con paso diligente
volvió el diablo velozmente
a las regiones eternas
del tizón incandescente
«con el rabo entre las piernas»...
(Postura un tanto indecente.)

✂ ✂ ✂

Conque ya lo sabes tú,
lector. Gracias a su ardid,
Belcebú

estuvo un día en Madrid;
pero salió haciendo «¡fu!».

LUIS DE TAPIA.



Dib. IBÁÑEZ. — Madrid.

— ¿Conque te casaste con una viuda, y eres feliz?
— Enormemente, chico. Con decirte que he tenido
hasta la suerte de que me vienen bien los trajes del
primer marido de mi mujer...



Dib. ZAMORA. — Madrid.

— Perdone que no le haya servido el té; pero no la
había visto entrar.
— ¡Usted siempre tan amable!...

LA GENTE MUY



todos nos suele dar en este mundo por cultivar de afición alguna especialidad muy distinta de nuestra profesión lucrativa. Tal estadista se deleita pintando acuarelas; a aquel bizarro general le encantan los trabajos de marquetería; he tratado a un presidente de sala cuya debilidad era la bandurria, y he conocido a un capellán de las Descalzas que se dedicaba a la zapatería.

El doctor Esculápiez, operador famosísimo, dedica todos sus ratos libres, que otros llaman de ocio, a los estudios filológicos. Es un gramático formidable, que tiene el diccionario de la lengua en la punta de las uñas, como quien dice.

Si queréis ver al doctor Esculápiez descompuesto, no tenéis más que decir en su presencia: *cólega, bajo esta base o cosa parecida*; pero si os atrevéis con un galicismo gordo, entonces se pone fuera de sí.

Una de las cosas que no le entran y contra la que protesta a diario es eso de la *gente bien*. ¡Hay que oírle!

— Pero señor — exclama —, ¿bien qué?

¿Qué condición o qué cualidad rige ese adverbio?

De todas las acepciones del vocablo *bien*, sólo puede tratarse en este caso de aquella que significa bastante, mucho, muy. ¡La gente bien! Pues como si dijéramos *la gente muy*.

¿Bien qué? ¿Muy qué? ¿Bien distinguida? ¿Bien educada? ¿Bien acomodada? ¿Bien vestida? ¿Por qué no se han de decir las cosas enteras y no a medias?

Estaba la otra mañana el buen doctor en su clínica de urgencia, cuando llegaron dos heridos de un accidente de automóvil, y uno de sus practicantes penetró en su despacho y le dijo:

— Maestro: hay dos lesionados; uno es un obrero con ligeras contusiones.

— ¿Y el otro?

— El otro, o mejor dicho, la otra, es una *señorita bien*.

— ¿Bien qué? — le interrogó con voz de trueno.

— Bien..., bien grave — contestó el ayudante, a quien se le había escapado la frasecilla que tanto molestaba al maestro.

Pasaron a la sala de operaciones, y mientras los practicantes curaban al hombre sus contusiones ligeras, él atendió a la señorita. Era ésta joven y guapa, y vestía una exagerada *toilette* de última moda, extraordinariamente perfumada.

La atmósfera fenicada de la clínica se saturó del modernísimo perfume *No me lo niegues*, penúltima creación de la casa Puff y Compañía.

¡Qué rostro tan bello! ¡Qué brazos! ¡Qué manos! ¡Qué uñas, que delataban la asidua colaboración de una experta manicura!

La herida era en una pierna y hubo que quitarle una media. ¡Qué horror! ¡La rica media de seda ópalo estaba doblada por la punta para que no se salieran los dedos, pues más que media parecía un mitón!

La lesión no era grave ni mucho menos: una contusión encima del tobillo, con la piel ligeramente levantada. La joven había perdido el sentido, no tanto por el dolor como por el susto.

Al colocar el vendaje observó el doctor que en la parte de la rodilla había una mancha oscura que parecía la equimosis de otro golpe; pero que, bien examinada, resultó ser lo que Esculápiez diagnosticó de *rogne* de los franceses, *scab* de los ingleses, *raude* de los alemanes, *rogna* de los italianos y, según nuestro Diccionario de la Academia, porquería o suciedad pegada fuertemente, que desapareció con unos fomentos y fricciones de agua y jabón.

Practicada la cura, vuelta al sentido y relativamente tranquilizada con una cucharada de antihistérica, la joven fué conducida al auto que debía reintegrarla a su domicilio, y todos los mediquillos jóvenes la acompañaron hasta la calle.

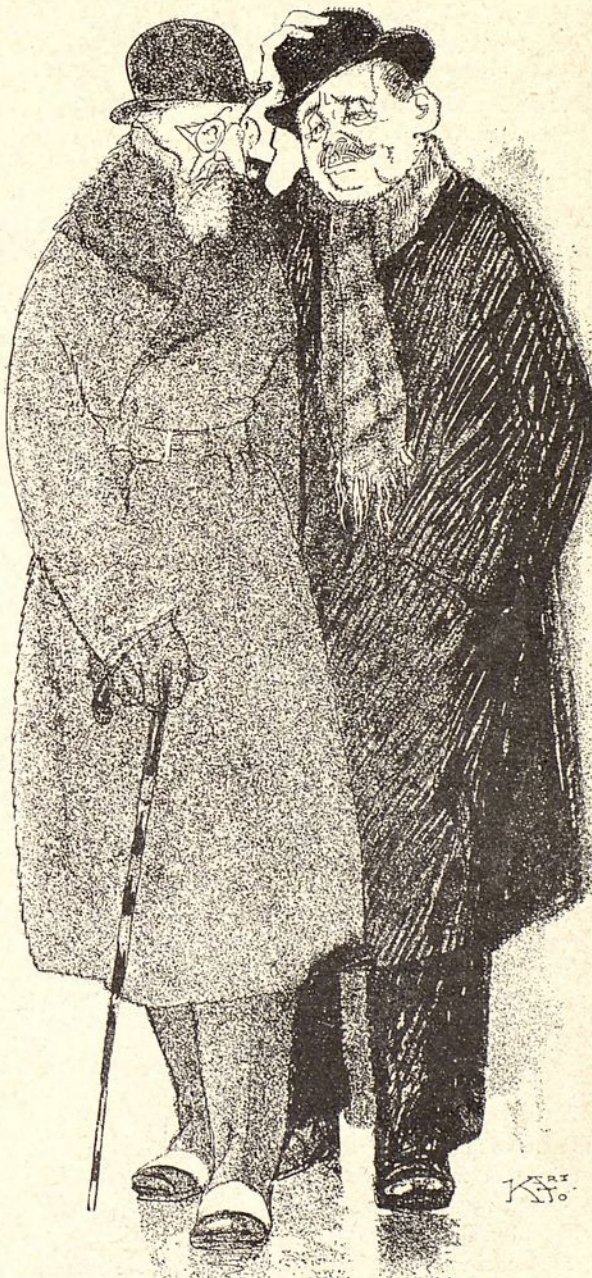
Cuando volvieron a la clínica el maestro les dijo:

— Bueno, caballeros, supongo que se habrán ustedes fijado en el caso de la señorita *bien*, como ustedes dicen.

Todos esperaron oír de labios del maestro alguna interesantísima observación clínica, cuando éste añadió:

— ¡Se trata en este caso de una señorita *bien... cochina*!

CARLOS LUIS DE CUENCA.



Dib. KARIKATO. — Madrid.

— Doctor, dígame usted la verdad, por muy dura que sea. ¿Cree usted que el enfermo del segundo derecha se morirá esta noche?...

— ¿Es usted de su familia?

— No, señor... Es que ando loco buscando un cuarto desalquilado...

ZUÑIGADAS

I

Aunque parezca un reclamo,
lectores míos queridos,
digo que el Ford es el amo
de los autos conocidos.

Me gusta sobremedera,
por práctico, y lo prefiero
al de otra marca cualquiera,
por ser barato y ligero.

Compraría un Ford mejor
que el que se compró Sarabia;
pero no lo compro por-
que los tengo mucha rabia.

Y no creáis que es mania;
es porque me fué funesta
tanta ligereza el día
que, volviendo de una fiesta,
arrollóla el Ford de un lord
a mi suegra en Colmenar,
y por ser ligero el Ford,
no la pudo rematar.

II

Por no encontrarse perdida
tomando carne y pescado
en una misma comida
mi amiga Pilar Delgado,
no está en tiempo cuaresmal
con su esposo, Antón Verdugo;
porque es un primo carnal,
y al mismo tiempo, un besugo.

III

Los gemelos que la Pelos
dió a luz en Torrelodones
no son ya dos pequeñuelos;
y hoy de un Banco son botones,
además de ser gemelos.

IV

Ante Paz, su prometida,
dijo ayer en broma Justo:
— ¡Todo el que mire a Paz Busto
tiene pena de la vida!
— ¡Es claro! — dije en seguida —.
¡Porque se muere... de gusto!

V

Son dos hijas de Puccini
las criadas de Quiroga;
porque la Agueda es bohemia,
y la Robustiana es tosca.

VI

Y a propósito: ¿conocen ustedes los
ocho colmos del pescadero? Pues ahí
van:

- 1.º Entonar salmónes lanzando gallos.
- 2.º Poner los ojos en un besugo.
- 3.º Salvar la raspa-dura del balao.
- 4.º Invitar a los calamares a echar unas tintas.
- 5.º Ponerles trole a los cangrejos.
- 6.º Prodigar elogios a un pedazo de atún.
- 7.º Hacerle un feo al bonito.
- 8.º Cortar el pelo al rape.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

MEDICINA POPULAR

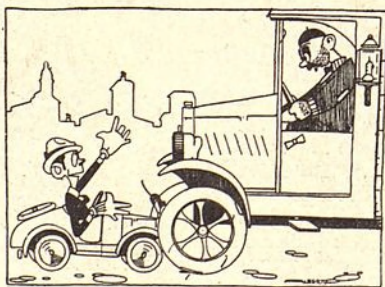
HAY en todas las lenguas, en muchos dialectos, y puede que en volapuk, esperanto y hastrakamelancio, centenares de libros titulados *Vademécum del dispéptico*, *La salud en la mano*, *Manual del enfermo*, *¡15.000 recetas para 150.000 enfermedades!*, etc., etc. Ninguno de esos libracos sirve para nada. Os lo digo yo, que he tenido todas las enfermedades conocidas y alguna desconocida. Para mí no tienen secreto las dolencias. En fuerza de visitar especialistas, de ser «un caso tipo», de haber ingerido por metros cúbicos los jaropes, de haber visitado todas las aguas minerales del mundo, he adquirido una *kultura* de curandero, que sonriánse ustedes de Marañón, de Cajal y de don Paco Vigueras.

La experiencia me ha dictado otro librito, ¡cómo no!, más bien un folleto. Tiene unos cuantos remedios caseros, o curas de urgencia. Lo intitulo *El Cura-teipsum*. Si lo leéis y ponéis en práctica mis consejos, los médicos y los cirujanos españoles tendrán que pedir la absoluta ante la huelga de enfermos curados.

He aquí algunos de mis remedios; son infalibles:

TORCEDURAS DE PIES Y MANOS, DISTENSIONES, ESGUINCES. — Se curan llamando a la suegra, que, con mucho gusto y fina voluntad, le retorcerá al yerno el miembro lesionado tantas cuantas veces pueda.

DOLORES DE MUELAS. — Hágase un cocimiento con pimienta, ajo, aguarrás, guindilla, vidrio en polvo, dinamita y tachuelas. Gargarícese, llámese a un barbero sangrador, y después pruebe el paciente a comer turrón de avellanas, comprado en la Plaza Mayor. ¡No falla! Desaparecen las muelas y el dolor.



Dib. ALBERTO. — Madrid.

EL DE LA CHOCOLATERA. — ¡Se necesita estar ciego para no ver los automóviles que pasan!...

SARPULLIDO, URTICARIA. — Hágase una pomada con arena de río, polvos de picapica y sebo de carro; embadúrnese el cuerpo del enfermo. Al día siguiente dense unas friegas con la garlopa de un carpintero. Repítase el tratamiento una quincena, y el que lo resista puede ir a pie a la *Checoyugopoloeslovaquia*, en la seguridad de que no lo mata un rayo.

GOTA, NEURASTENIA, DIABETES (enfermedades de ricos). — Frecuenten los pacientes Rosales, Parisiana... Aficiónense al faraón, y curarán radicalmente.

Las enfermedades y las boqueras se les saldrán por los agujeros de las botas.

HEMORRAGIAS NARIGALES. — Sàngrese al hemorrágico en un tobillo, aplíquense ciento cincuenta *sandijuelas*, y en cuanto se quede sin gota de sangre en el cuerpo, cesará inmediatamente la hemorragia nasal.

DOLORES DE ESTÓMAGO. — Si duele, echarle *comia*. Si no duele, echarle *comia*, para que no duela.

Mi libro se vende en todas las farmacias. Una peseta el volumen. A quien compre dos, se le regalará *El arte de no pagar al casero y además sacarle el dinero*.

¡Daos prisa, que se agotará!

ISIDRO DE MADRID.

SUCEDIDO



COMPONÍAN aquella tertulia diurna, como casi todas las «cafeteras» de Madrid, los más encontrados y extraños elementos: médicos, propietarios, un juez y un periodista, y no hay que decir las discusiones que surgían sobre los asuntos más intrincados, sin que faltara — cosa no extraña entre españoles — la nota política, a la que daba siempre actualidad el ser uno de los contertulios, quizás el más simpático, ex gobernador civil, con intenciones y méritos para volver a ejercer el cargo.

De vez en vez no faltaban gritos y voces que llamaban la atención de los concurrentes; pero siempre acababan los debates más enardecidos con frases cariñosas para el *enemigo*.

Anécdotas, cuentos y sucedidos eran relatados con gracejo, y pasábanse allí tan agradablemente las horas de la mañana, que llegó a constituir una obligación inexcusable presentarse cotidianamente a lo que se llamaba asistir a la oficina.

El lema era pagar a la inglesa, y de aquí mi cuento, o más bien sucedido,

desarrollado en las propias barbas de los reunidos, pero del que no se enteraron y del que nada hubieran sabido si yo al día siguiente no hubiese relatado la aventura en medio de las carcajadas de todos.

Pues, señor, y va de cuento... Una mañana entró en el café Paco Ramírez, condiscípulo de Derecho al que no había visto qué sé yo el tiempo. Su cara picaresca había variado poco, y nada su indumentaria, acusadora de la falta de medios económicos, lo que él mismo explicaba en su juventud como el cumplimiento de una pena tan terrible como la de cadena perpetua en lo relativo a metales preciosos, tan necesarios para la vida, en tanto que los sabios no resuelvan el importante problema de que el hombre pueda vivir sin dinero.

Ramírez, que, según deduje al final del caso, iba a tiro hecho, saludóme con gran efusión y dióme un fuerte abrazo; nos sentamos en mesa aparte, y echóse a recordar los tiempos de la Universidad en atropellada charla, que no dejaba resquicio para la réplica. Algo raro advertí en él, y fué que al acercarse obsequioso el camarero y hacer la pregunta de rúbrica, mi antiguo camarada contestó que nada quería. Insistí yo para

que tomase algo, no accedió, y, por fin, terminó aquel pugilato diciéndome que se desayunaría, pero con la condición de que había de convidarme. Yo no hice caso de tal advertencia; tomé café con un par de medias, y después de charlar hasta por los codos hizo intención de satisfacer el gasto de ambos, para lo cual exhibió una moneda de cinco pesetas; yo saqué otro duro, luchamos ambos, y el camarero me hizo más caso que a él, cobrándome, con propina y todo.

Entonces, Ramírez, rápido, se apoderó de la vuelta, y metiéndome su duro en uno de los bolsillos de mi americana, me dijo:

— Esta vez he sido más listo que tú: quería convidarte, y te he convidado.

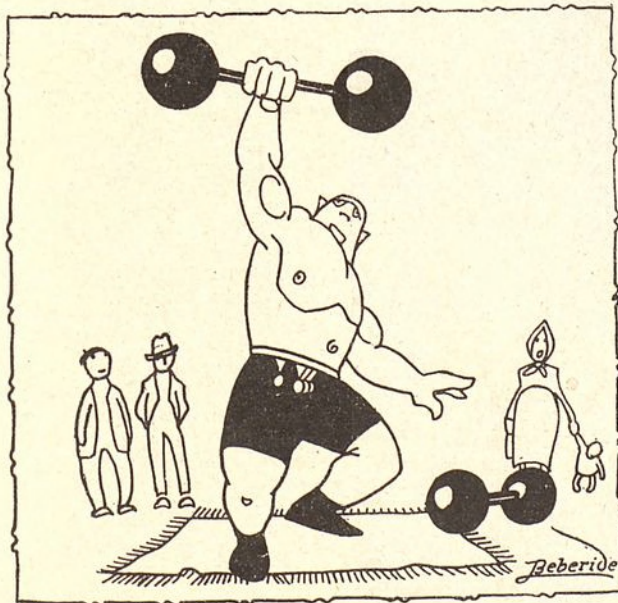
Y después de darme un apretón de manos salió del café, victorioso, como si hubiese ganado una batalla.

No hice, por el momento, gran caso de lo ocurrido; pero al llegar a mi casa me acordé de aquel extraño episodio y busqué la moneda.

El duro era más falso que Judas.

Mis compañeros de café siguen riéndose...

FELIPE SÁNCHEZ CALVO.



Dib. BEBERIDE. — Madrid.

EL ATLETA. — Se admiran porque sostengo una pesa. ¡Si supieran la familia que tengo que sostener!...



Dib. ABAD. — Valencia.

— Ya no respira...
— Entonces, ¿se ha muerto?

DEL BUEN HUMOR AJENO

LOS PELOS, por René Girardet.



ON los pelos unos seres sumamente curiosos, cuyas costumbres aun no han estudiado los naturalistas.

Zoológicamente, pertenecen a la célebre familia de los invertebrados. Físicamente, son como nosotros: grandes o pequeños, gruesos o delgados, vulgares o distinguidos. Están clasificados en dos grandes categorías: la raza rubia y la raza negra.

Algunos sabios sostienen que hay pelos rojos. Pero es esto un error crasísimo: los pelos rojos son sencillamente pelos demasiado rubios o insuficientemente negros. Esta distinción no tiene gran importancia, pues se ha observado que al cabo de cincuenta años tanto los de una raza como los de otra se vuelven blancos.

Sobre las cabezas en que nacen, los cabellos llevan una vida ociosa y sedentaria, parecida a la que gozan los pequeños rentistas y los solterones recalcitrantes. Al nacer alquilan un lugar en la cabeza, en los bajos, en el entresuelo o en el último piso, en donde apaciblemente pasan su vida. Así, unos, por su situación, pasan una vida distraída viendo pasar la gente, los coches, mientras que otros, menos afortunados o más peligrosos, están condenados a una reclusión cotidiana bajo los sombreros. Esto no será equitativo, pues es cuestión de suerte. No todo el mundo posee un hotel en los Campos Elíseos.

Los cabellos salen poco. Llevan una vida formal, no fuman, y sólo van al café si se les lleva. Sin embargo, son aficionados al alcohol, que les da fuerza; pero no lo toman más que en su casa, y, por muy grande que sea la dosis, no se emborrachan, soportando las grandes cantidades mejor que nosotros.

La principal distracción de los pelos consiste en ir de cuando en cuando a las peluquerías, cuyos salones se les abren amigablemente. Estas reuniones acaban por resultar onerosas, porque los pelos, como cualquier mujer frívola, se dejan convidar siempre. Pero hay la ventaja de que son individuos de una educación correctísima, y de que se les puede llevar al teatro o a reuniones, donde se conducen perfectamente.

En cambio, en la intimidad son menos correctos y se abandonan

a una alegría desordenada, que hay que reprimir con el peine.

(El peine es el celoso guardián del orden. Algunos sociólogos afirman que, de no existir el peine, los pelos vivirían en un continuo estado de anarquía. Esta frase es un poco exagerada; pero en ella hay algo de verdad.

Moralmente, los pelos tienen un carácter independiente, autoritario y hasta neurasténico. Del espíritu de independencia de los pelos se podrían citar mil casos. Por mucho que se les rodee de cuidados, de consideraciones, de pruebas de afecto, de buenos consejos, a pesar de que uno se arruine por ellos comprando lociones y cosméticos, son insensibles. Sólo son dóciles cuando les parece bien. Obra siempre a su antojo.

A la independencia de carácter los pelos añaden una nerviosidad mórbida, son neurasténicos y obsesionados por la idea del suicidio.

Esta melancolía enfermiza, ¿proviene del abuso de los placeres, de disgustos sentimentales o de apuros económicos? No se sabe. Lo cierto es que se encuentran sus cadáveres en las almohadas, en los cepillos, en las ropas y hasta en la sopa.

Los pelos se suicidan de treinta a cuarenta años. Caen..., nada puede evitar esta

caída fatal, les atrae el vacío. Aun hay más: el mal ejemplo es tan contagioso que, desde el momento que uno tiene la ocurrencia de lanzarse, sus congéneres, parecidos a los corderos de Panurgo, creen necesaria su caída poco tiempo después.

Después de muertos es cuando se reconoce el valor inestimable de los pelos. Se les consideraba antes como seres insignificantes y hasta molestos; pero después se comprende que fueron grandes ignorados que sufrían silenciosamente, y se da una cuenta del enorme vacío que dejan.

Pero es demasiado tarde...

A. R.



MODOS DE HABLAR, por Pierre Veber.

Al pasar, les oí hablar. La señora Charolais decía a la señora Fenouil:

— Sí; la he encerrado, no se me escapará la muy astuta.

— Es usted muy severa — le respondió la señora Fenouil.

— De ningún modo. Yo encuentro que es muy joven para hacer tonterías; casi todos los días, Tom, el de enfrente, desde que anda haciéndole la rosca, está en nuestra casa, buscando a la pequeña, naturalmente. Ayer me los encontré juntos: a él le señalé la puerta y a la pequeña le dije: «¡Como yo tenga que castigarte, verás!» Ella, en vez de irse, se quedó, buscando, sin duda, una caricia; pero yo no cedí, y le dije con gesto duro: «¡No, señorita!» Créame usted, que si no se las trata así, puede ocurrirle algún día algo muy desagradable. Está muy mal educada, y quiere hacer siempre su gusto...; pero no puede ser. En esto soy inflexible, de hierro.

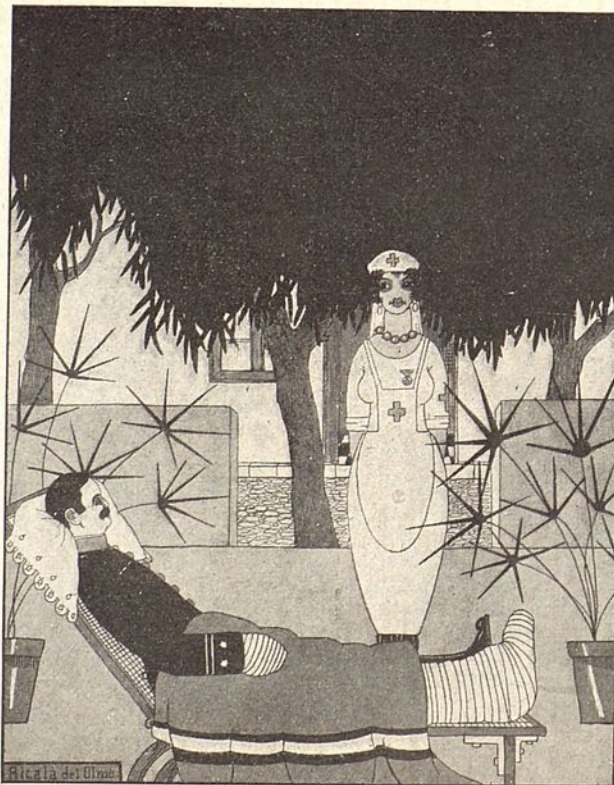
— Perdóneme — dije acercándome —. ¿Habla usted de su hija, señora Charolais?

— ¡Oh! No, señor. ¡Hablo de mi perrita!

Ocho días más tarde, al pasar, escuché de nuevo.

La señora Charolais decía a la señora Fenouil:

— ¿No sabe usted? ¡Se me ha escapado la semana pasada! He preguntado en todas partes y nadie me ha sabido dar razón; algunos me han dicho que tengo ya la culpa de todo por no haberla atado corto... En fin, ya había per-



Dib. ALCALÁ DEL OLMO. — Madrid.

— Diga, señorita, ¿qué haría yo para no mejorar?

dido toda esperanza de volverla a ver, cuando ayer me la encontré delante de mi puerta..., con las orejas gachas. Entonces cogí el látigo y le grité: «¡Ah, cochina, trota-calles! ¡Te voy a matar!» ¡No sabe usted qué paliza le di!... ¡Ha sido una buena lección!...

— Perdón — dije acercándome —. ¿Habla usted de su perrita, no, señora Charolais?

— ¡Ca! No, señor. ¡Hablo de mi hija!...

J. L. R.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

T. M. Madrid. — Su artículo se recibió el día 26 de diciembre, y como el asunto es de Navidad, comprenderá usted que publicarlo ahora sería inoportuno.

J. F. Madrid. — No está mal. Se publicará antes de que termine la guerra de Marruecos.

S. A. Madrid. — El maillot es artículo de verano; en invierno se usa como prenda interior, y las bailarinas y cupletistas lo lucen en locales donde hay calefacción.

J. M. Q. P. Madrid. — Pero ¡hombre de Dios! ¿El motín de los muertos para BUEN HUMOR?

F. S., A. P. P., J. V. y el Negro. Madrid. — ¡Otro golpe! Advertimos de una vez para siempre a nuestros colaboradores que no se molesten en hacer chistes jugando con el título de nuestro semanario. Hemos perdido la cuenta de los lisiados de todas clases, enfermos de todas las enfermedades y doloridos de todos los do-



— Chico, me han dicho que te has vuelto a casar... ¿Con quién?

— Espera un poco. Debo de tener aquí la tarjeta de ella.

(De London Mail. — Londres.)

lores, que leían, comentaban, compraban o se suscribían a BUEN HUMOR. ¿Estamos?

P. Ll. Madrid. — Sus sainetes rápidos Lópezsilvacaseristas, no están mal; pero el titulado *Pa chulo, Menda*, es asunto conocido hace un rato, y para el otro pasó la oportunidad de su publicación.

J. S. V. Málaga. — Los de su barrio lo publicaríamos si nos enviara usted un pie gracioso, pues el dibujo nos gusta. El otro se dará cuando se pueda.

D. U. Madrid. — Le publicaremos los perros. ¡No siempre han de ser los monos!

L. G. O. Madrid. — No necesitaba usted mandar «Los tres botones de la americana». Para muestra, basta con uno.

Artagin. Madrid. — De los tres lisiados, publicaremos uno, y hasta estamos por publicar su carta, que nos ha hecho mucha gracia.

M. M. A. Madrid. — Si recomienda usted a esa divina mujer que no bese al gato, ¿cómo quiere que le bese a usted, por muy madrileño y dulce beleño que sea?

M. C. Madrid. — Se publicará su dibujo.

Hipotenusa. Zaragoza. — Creemos debiera decirse el modista, derivado de modas, en lugar del modisto, como se dice el maquinista, de máquina, y el anarquista, de anarquía. Pero eso debe preguntárselo al encargado de la sección *Modas y modos del bien decir*, de A B C.

A. A., C. Rojín, J. V. y Godínez. — No valen.

Camelus. Madrid. — Guardamos sus dibujos para cuando podamos dedicar una plana a nuestros simpáticos colaboradores espontáneos.

A. Monter. — Publicaremos uno.

Sérvulo. Albacete. — Vale. El sobre nos ha gustado un horror.

Alfaraz. Madrid. — Efectivamente, es una tontería; pero nos coge usted en un momento de ternura. Procuraremos darlo en el número de Carnaval.

Fedgald. Madrid. — Aprovecharemos uno de sus cuatro últimos dibujos.

G. C. Madrid. — Su último dibujo, a pesar de su insistencia geométrica, nos ha gustado.

Clarinete. Madrid. — Demasiado fáciles: así hacen versos hasta los dependientes de comercios de ropa blanca; sino que a veces hasta suelen medir mejor.

J. L. R. Madrid. — Eso es más triste que tener que acompañar a un amigo al cementerio.

Látigo. Madrid. — No entra en concurso; pero como advertimos en usted alguna condición de dibujante, puede enviarnos algún mono suelto.

M. M. F. Sevilla. — Los chistes son del dominio público hace bastantes años. Los dibujos podrían pasar.

Mon. Zaragoza. — ¿Ve usted lo que le decimos al anterior? Pues a usted, todo lo contrario.

Beberide. Madrid. — Publicaremos la Sirena y algún otro.

Pipa. Carabanchel. — ¿De arriba o de abajo? ¡Abajo!

Burlón. Tarragona. — Le conocemos a usted. Con nosotros no hay burla posible.



LA SEÑORA. — En mi tiempo nunca dejaba un caballero que fuera una señora de pie en el tranvía.

EL INDIVIDUO. — Es que en su tiempo de usted no había tranvías: se iba en diligencia.

(De BAILLE, en Journal Amussant. — París.)

Se le publicarán. ¿Ponemos su nombre? ¿Dejamos el seudónimo?

E. S. Barcelona. — Su plancha no es tanta como usted supone. Aproveche usted el pie con otro dibujo más arropado, mándelo con otras cosas, y ya veremos.

Hamlet Gutiérrez, Príncipe de Dinamarca. Copenhague-Madrid. — Tener o no tener gracia: este es el problema. Si, señor. Se pagan los artículos cuando la tienen, y cuando no, no. Usted no cobra. Nos tiene sin cuidado el concepto que forme usted de nuestro criterio literario; en cambio, a usted le debe tener preocupado el lamentable que hemos formado del suyo. Y de paso, señor filósofo-gandul, menos filosofía y más ortografía. *Vermellón*, en castellano, se escribe con *b*. *Hierra* no es, ni ha sido, ni será jamás tiempo del verbo errar. ¡Figúrese usted los chistes que podríamos hacer con estos y otros lapsus de sus meditaciones..., según nuestro criterio literario!...

L. M. Segovia, y R. M. B. Madrid. — Las historietas deben venir dibujadas en una sola hoja y a la proporción de una plana de nuestro periódico, a pluma o a la mancha, con seudónimo o con el nombre.

¡¡ *Garibaldi. Madrid.* — Pero ¿de veras es usted el célebre Garibaldi? ¡Buena la ha cogido!

— *D. C. Madrid.* — ¡Buena letra, amigo! ¿Es usted, por un casual, contable de algún comercio de la calle de Postas? Sus «Escenas de Carnaval» serían seguramente un pateo, a pesar de la letra... y de la música.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS, Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.



BUEN HUMOR



SEMANARIO SATÍRICO

Precios de suscripción EMPEZARÁ EL PRIMERO DE MES

MADRID

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	6,50 pesetas.
Semestre (26 —).....	13 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO. — UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

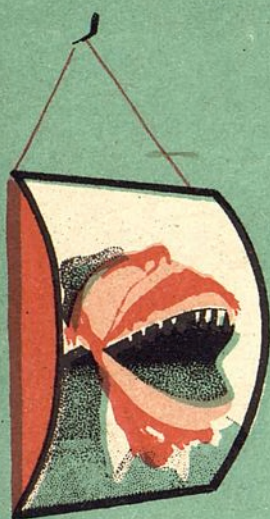
ARGENTINA. BUENOS AIRES

MANZANEDO Y COMP.^A, México, 647.

Semestre.....	\$ 6
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ANGEL, 5
MADRID

BARTOLOZZI



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO
40 CTS.

Dibujo de BARTOLOZZI.—De nuestro concurso de carteles.